

Lourdes de Armas

Marx y mis maridos

PASOS PERDIDOS

Diseño de cubierta: Editorial Pasos Perdidos S.L.
Imagen de cubierta: © C. Janot, *La Habana*, 2011
Maquetación: Jacinto Martín www.elviajero.org

© Lourdes de Armas, 2007
© de esta edición, 2014, Editorial Pasos Perdidos S.L.

ISBN: 978-84-941162-3-0
Depósito legal: M-2677-2014

Impreso por Lozano impresores

Cualquier formato de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede hacerse con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

La calle es un gran bullicio, personas que gritan delante de algunas casas y sus moradores responden a la multitud con un tembloroso y angustiado hermetismo. Sé de qué se trata y un temblor me sube por las piernas.

Una mujer con voz amenazante grita ante la puerta cerrada del bobo del Parque:

— Que se vaya la escoria.

— ¡¡¡Que se vayaaannnnn!!!

Grita una multitud agresivamente dolorosa.

— Que se vayan los maricones, que se vayannn, que se vayan los traidores, que se vayann, que se vayan los anormales, que se vayaaannnnn, anormal, anormal JUJUJUJU. JUJUJU. ¡¡¡Que se vayannnnnnn!!!

Los gritos me golpearon en el pecho, me sentí llena de latidos, temblores. Me dio mucha pena por el bobo y su eterna acompañante. ¿Cómo estarán allá dentro?, ¿sabrá el bobo que es un bobo?, ¿sabrá qué es un anormal?, ¿o los anormales serán ellos? Vino a mi mente la cara de la mujer, siempre afligida y tuve ganas de llorar, de gritar. Apresuré el paso para llegar a casa de Jose.

Voy por la Calzada de 10 de Octubre a gran velocidad, desde que doblo por la esquina veo su silueta y siento un extraño estremecimiento, suenan las bandejas de la

pizzería Apolo por el trasiego de la gente dispuesta a comer sus incansables pizzas y espaguetis, me llama la atención la seriedad de aquellas caras, los cubanos tienen dibujada una perenne sonrisa que ahora les falta.

Por suerte, cuando llegué a su casa todo estaba en calma, me estaba esperando en el portal mirando hacia el lugar por donde debo llegar. Me mira toda, me estremezco. Su beso de bienvenida nunca falta.

—Qué linda estás.

Sonríó agradecida. El tono de su voz se cuela en mi piel con un raro presagio. Le doy un beso y se aprieta contra mí con tanta fuerza que casi pierdo el aliento. Se despega suavemente y en sus ojos hay una mezcla de odio y tristeza.

—¿Qué te pasa?

Detallo cada uno de sus movimientos y el aire frío que despidе su cuerpo llega al mío haciéndolo temblar.

—A mi hermano y a mí nos botaron de la Universidad.

Nos sembramos en un molesto silencio y tuve deseos de salir corriendo, pero su llanto me paralizó. Verlo llorar iba más allá de mi propia angustia, un sentimiento de protección y de ternura hizo un estallido.

—¿Pero cuándo? ¿Por qué?

—Hoy por la mañana. Somos escorias.

—Son unos hijos de puta— contesté enfurecida.

Armando levantó el gancho de la puerta y se paró junto a nosotros. Su cara de tristeza me dio deseos de abrazarlo.

—¿Ya Jose te contó lo que nos hicieron?— dijo a media voz y por primera vez no lo vi sonreír.

Armando respiró profundamente, la nariz larga y medio corva junto a sus abiertas orejas hacían que su cara se viera fea; sus rasgos me parecieron más exagerados, como si su rostro hubiera crecido. En cambio, Jose es apuesto, de ojos verdes y pelo muy negro, uno ríe continuamente, mientras que el otro se mantiene serio, pero ahora son iguales, busqué con desesperación una idea, un remedio que pudiera consolarlos. No lo hallé, mi mente era un hueco oscuro.

Armando se pasó la mano por su nariz enrojecida y me di cuenta de que había llorado mucho. Entonces dijo con la mirada perdida:

—Cuando llegamos a la Universidad había un grupo de gente en la puerta, pensé que era uno de esos mítines de repudio, pero no me pasó por la mente que fuera con nosotros que ni siquiera andábamos cerca de la Embajada del Perú, aquel día que se formó todo este rollo.

Armando tosió y se aclaró la garganta.

—Al vernos llegar hicieron una fila horizontal, unos empezaron a gritar furiosos: «Que se vaya la escoria». Algunos se veían apenados, esos tenían la vista en el suelo como si no les quedara más remedio. ¿Sabes qué es lo que me jode?— hizo la pregunta mirando a Jose, que le dijo colocando suavemente la mano en el hombro:

—Deja eso ya, mi hermano.

Pero Armando parecía no escucharlo.

—Lo que más me jode... es que nos gritaron maricones. Vi que se sorbió las lágrimas para continuar.

—Uno de los que lo hicieron fue Raúl, mi socio. A quien más he ayudado yo, coño, para que apruebe su carrera.

Jose tenía la cabeza gacha y yo bajé la mía.

Armando dio la espalda y al entrar en la casa tuve la impresión de que cojeaba.

Luego Jose me dijo que tuvo que aguantarlo en medio de aquel tumulto porque le vociferó a Raúl algunas palabrotas. Cosa que enfureció aún más a la gente que les gritaba. Varios jóvenes le pegaron en la cara y aunque él lo cubrió con su cuerpo, fue inútil. También a él le dieron. Armando había caído al suelo porque alguien le había dado con un hierro en la pierna.

En ese instante Jose perdió toda su timidez y gritó:

—¡¡Cojoneeee!!, idéjenlo yaaaa que lo van a mataaaaar!

La explosión fue un acto de magia o tal vez la divina providencia, que vino a apiadarse de ellos paralizándolo a la frenética multitud, que tomó rumbo hacia otra víctima, dejándolos en medio de la calle.

—No entiendo por qué les hicieron eso si ustedes no se metieron en la embajada— hablé casi en un susurro.

—Dicen que están depurando las universidades.

—¿Depurando?

—Sí, así le llaman a revisar todos los expedientes, y a quien haya tenido el menor indicio de salida del país lo botan.

—¿Y las notas? ¿No les importa que sean buenos estudiantes?

—No. Solo que no quieran irse del país.

Jose y yo nos sentamos en la sala. La soledad de la casa me hizo pensar que no era la misma. Su madre caminaba lentamente de un lado a otro y de vez en cuando me miraba, al hacerlo yo bajaba la vista. La expresión de pena era un fuego sofocante. Los ojos del padre se veían de un azul más intenso.

Esa noche ofrendé mi desvelo a la familia Morán y, en lealtad a ellos, me molesté con el Socialismo.

Por Jose y por mí pasaron días largos y silenciosos. Pero éramos aliados.

Al poco tiempo una amiga de la madre de Jose les consiguió trabajo. Los dos hermanos comenzaron a trabajar en la fábrica de confituras que quedaba cercana a la casa.

A Armando le faltaban seis meses para terminar su Licenciatura en Matemática Cibernética y a Jose le quedaba un año para graduarse en Biología, por lo que al llegar a la fábrica eran genios en comparación con las personas que los rodeaban.

Tenían la plaza de paileros, que no era otra cosa que introducir y extraer las pailas de confituras en el vaporoso horno.

Llegaban sucios y extenuados a la casa, y luego pasaban largas horas durmiendo.

En las noches seguía visitándolo y los fines de semana íbamos a pasear, los sábados a algún restaurante y el domingo a la posada, comíamos en una pizzería y terminaba la noche en el cine.

Un día Jose dijo muy serio que teníamos que empezar a reunir para casarnos. La decisión, aunque me alegró, también me produjo un raro temor, tal vez un mal presentimiento. Por eso fui a pedirle a la Virgen de la Caridad que nos ayudara.

Podíamos vivir en su casa, que era grande, aunque ha-

bía que hacer ciertos cambios ya que él y Armando dormían en la misma habitación. Jose tuvo la idea de que su hermano se trasladara para el cuarto de su tío, que estaba vacío porque el hombre en realidad no lo habitaba.

Las cosas comenzaron a ponerse difíciles con la llegada de sus primos, el hijo de su tío que vino a vivir a la casa con la esposa y la niña. A Jose le alegró la noticia por la niña pero a Armando y a mí nos trajo un mal presentimiento.

La mujer del primo resultó ser una gran discordia; su marido, que era un músico de una orquesta, viajaba de vez en cuando al extranjero y traía sus pequeños tesoros en ropa y pacotilla que ella administraba de un modo posesivo. El hombre escondía dentro del televisor en desuso de la sala los regalos que más tarde entregaba a sus amantes y que había usurpado a su esposa. Ella, en un principio, no lo notaba, pero al pasar los días y hacer inventario a sus pertenencias se daba cuenta y gritaba, con la mirada fija en mí:

—Me robarooooonnnn.

Este episodio sucedió con más frecuencia de lo esperado y terminó con la paz doméstica de los Morán.

La prima sentía fascinación por Jose y a cada rato le preguntaba en alta voz que cómo podía estar enamorado de mí, que era una mujer tan flaca y sin atractivos. Jose nunca le respondió.

Nuestros planes de matrimonio se detuvieron por asuntos de vivienda, pero continuaban vivos en nuestros ahorros, para lo cual Jose llevaba las cuentas con tanta minuciosidad como la de mis menstruaciones.

En las vacaciones cambiábamos de ruta y nos alejábamos por largas horas de las discordias familiares.

Los viajes a la playa en verano eran placenteros, hacíamos la cola de la guagua frente a la terminal de trenes. Era una inmensa fila de gente pero pasado este momento, el mar, Jose y los amigos nos hacían olvidar todo ese ajetreo. En medio de una de estas colas tuve un desmayo. Al despertar solo veía una blanca visión y por un instante creí que había ido a parar al mundo de los muertos, luego me di cuenta de que era la camisa de Jose, quien me había

cargado como si fuera un bebé y no dejaba que nadie se acercara. Este fue el aviso de mi embarazo.

Y como todo estaba dispuesto para la boda decidimos adelantar los preparativos. Teníamos nuestro pequeño ajuar gracias a algunos regalos de los amigos. La anciana que se sentaba junto a la puerta nos bordó las sábanas con las iniciales del nombre de Jose y el mío entrelazadas.

Jose sacó el turno en el palacio de los matrimonios y ya estaba casi todo listo. Lo que le dio el punto final a nuestro favor fue la partida de los «monstruos», como bautizó Jose a sus primos. Luego de una larga discusión con mi suegra decidieron irse y así también regresó la paz.

Después del examen médico que corroboró mi embarazo, salí aprisa para casa de Jose a esperar a que llegara de la fábrica para darle la noticia. Al asomar la cabeza por la esquina vi un hormiguero de gente delante de su casa, las piernas me temblaron, detuve unos segundos la marcha, pero la reanudé enseguida al escuchar los gritos:

—¡Que se vayan los maricones!

—¡Que se vayannn! ¡Que se vayan los traidores!

—¡Que se vayannnnn! ¡Que se vayan, que se vayan que se vayan!

Comencé a abrirme paso entre la gente moviéndome de un lado a otro. Temía por Jose y odiaba a todos los que estaban delante de su puerta. Una avalancha de tomates podridos parecían caer del cielo y salpicaban sin piedad el portal de la antigua casa, que ahora era un sitio deshecho.

Un disparo rojo y pegajoso me saltó en el pecho dejando una mancha pestilente a fruta podrida. Reaccioné con un gesto amenazador, mostrando el puño cerrado a los agresores, la multitud me vino encima. Una mano que salió de no sé dónde me condujo hasta la puerta de la casa, entré con rapidez. Jose dio un portazo. Adentro todo estaba en penumbra, mi suegra sentada en un sillón respiraba con dificultad. El padre de Jose la tomó por el brazo con ternura y le trajo su medicamento para la cardiopatía. Armando la miró y salió enfurecido para el comedor y reapareció con un hierro. Tratamos de detenerlo cuando iba hacia la puerta, pero se nos escapó. La madre se levantó de

su asiento y se arrodilló ante él. Armando soltó el artefacto y se puso las manos sobre la cara. Llegó un momento de silencio en el que Jose y yo nos asomamos por la ventana entornada.

A un hombre alto con una camisa desteñida y maloliente se le dilatan las venas del cuello al gritar frenético:

—¡Que se vayan los delincuentes, *hijo'eputaass!* ¡A mí me tocan los cojones!

Una mujer gorda llevaba orgullosa un enorme cartel con letras negras: QUE CE BALLA LA EXQORIA. MARICONES.

Jose y yo leímos el cartel, nos miramos y a pesar de todo lo que estaba sucediendo no pudimos aguantar la risa.

Afuera seguían:

—¡Que-se-va-ya-la-escoria!, ¡que se vayan!, ¡que se vayan! ¡Apátridas!, ¡burgueses! ¡Gusanossssss!

—¡Que se vayannnnn! ¡Mariconeessss!

—¡Que se vayannnnn! ¡Traidores! ¡Singaos!

En la madrugada sus rostros tenían la misma expresión de cansancio que los nuestros, la mujer gorda fue la última en retirarse, al caminar arrastraba con dificultad su proclama; cuando se alejó, la madre de Jose abandonó sus rezos y todos salimos al portal. La mugre bufoneaba en el escenario.

Suenan las campanas de la iglesia de Jesús del Monte y la madre de Jose acude a la misa del Viernes Santo. Camina con pasos firmes y aunque sabe que es mal vista por su adoración a Dios, se mantiene erguida como si estuviera orgullosa por la osadía de venerar al Espíritu Santo en medio de aquella censura.

Soy un cuerpo indefenso sobre la camilla que duerme un sueño de anestias acompañado por el tañido de las campanas de la iglesia vecina.

Jose fuma nervioso en la sala de espera. Pendiente de los latidos de su pecho es incapaz de escuchar los sonidos eclesiásticos, por eso nunca supo que mi embarazo fue interrumpido en un día sagrado para las leyes de Dios.

Veo salir de entre mis piernas un líquido viscoso que

cae sobre la cama formando una mancha compacta, coloco los codos sobre las sábanas y más curiosa que asombrada hago el intento de tocarla pero la luz que emite la pastosidad me encandila la vista haciéndome lagrimear, vuelvo a hacer otro intento y cuando la tomo entre las manos se vuelve un alambre tenso y plateado que va de la vagina al pecho y da un fuerte tirón. Grito.

Una mujer vestida de verde me toca suavemente y abro los ojos, miro a mi alrededor.

—¿Te sientes bien?

Muevo la cabeza afirmativamente.

—¿Seguro que estás bien?— pregunta la mujer mientras pasa su mano por mi cabeza.

Me echo a llorar sobre la desconocida.

Jose ve mi cara soñolienta ante él, suelta el cigarro y se levanta con rapidez, me toma por el brazo y me besa. No le correspondo, lo miro desde una rara languidez que ha comenzado a poseerme. Sujeta de su brazo, caminamos en silencio por las viejas calles del barrio.

Jose se pone despacio la camisa, voy hasta él con esa lentitud que ha venido a dominarme. Con los ojos húmedos y una ternura inevitable paso cada botón por el ojal, le coloco despacio la corbata sobre el cuello logrando dominar el temblor de las manos, le doy vueltas y la anudo, el silencio inunda la habitación de un ambiente solemne que me aterriza. Cuando termino levanto la cabeza y mi vista llorosa tropieza con la suya. Trago en seco al notar el castañeteo de sus dientes pero le ofrezco el traje simulando no darme cuenta y Jose introduce el brazo sin dejar de mirarme.

Me abraza con fuerza y rompo a llorar sobre su pecho palpitante.

El padre se acerca y me besa:

—Eres un ángel— dice con la voz apagada.

El hermano solloza cubriéndose la cara. Nora, silenciosa, apenas perceptible, busca mis ojos y se encuentra con una mirada que nunca olvidará.

Los demás amigos también lloran. Hay confusión y

un ruido intenso, quejidos. La madre de Jose se acerca y su voz quebrada suena en mi oído:

—No te preocupes, Maggy, yo te prometo que voy a sacarte de aquí.

Sus palabras rompieron el hermetismo que me había impuesto y comencé a llorar. Quise agradecerle, decirle algo para despedirla, las ideas se atiborraron en mi mente y no pude decir nada.

Las palabras de una mujer vibran tras el micrófono en su llamado de urgencia.

Decimos adiós a cuatro figuras que se alejan, los demás se nos van acercando hasta quedarnos apretados, viendo caminar despacio a la familia Morán como si fueran a perderse.

Aprieto la cara contra los cristales, un sollozo se hace insoportable. Tiemblo. Lloro.

Nora, con un mutismo inusual, me conduce por la puerta de salida del aeropuerto. Caminamos abrazadas, los otros amigos van junto a nosotras sin atreverse a interrumpir el silencio.